

---

# CARTA DESDE LA CÁRCEL DE UN PATRIOTA POLACO

## Adam Michnik

---



# 4

*Esta carta desde la cárcel de Adam Michnik, que Mondoperaio recibió por canales clandestinos y que publicó conjuntamente con la revista polaca de París Kultura, fue escrita antes de la visita del Papa Wojtyla a Polonia, a la que se refiere la primera parte del texto. Publicamos también esa parte porque en ella Michnik había previsto lúcidamente que Walesa no sería «descolgado» por el Papa polaco, como los hechos han demostrado después (y como Mondoperaio había publicado en julio en el artículo de Wlodzimierz Goldkorn, «La Lezione di Wojtyla»).*

*La carta de Michnik es un análisis atento y puesto al día de la situación polaca desde el golpe de estado del 13 de diciembre de 1981. Asimismo, se trata de un análisis lúcido que no evita los aspectos problemáticos de los comportamientos de la oposición, pero sin concesiones hacia el régimen militar instaurado por Jaruzelski.*

*Michnik, que con Kuron, fue el promotor del Comité de Defensa de los Trabajadores (KOR) que luego confluyó en Solidaridad está, junto con otros exponentes del KOR, en la cárcel desde la noche del*

golpe, bajo la acusación, infundada, de haber intentado derrocar al régimen mediante el empleo de la violencia. El proceso contra estos patriotas polacos es inmi-

**Nadie ponía en duda, independientemente de las ideas confesadas, que la llegada del Papa era un bien.**

nente. Michnik, según leemos en la conclusión de su carta, anuncia que no suplicará más el perdón («no he formado parte del KOR y de Solidaridad para rogar ahora a Jaruzelski, sino para conseguir que mi nación no vuelva a tener necesidad de rogar a nadie»).

Querido amigo:

Hace cuatro años, en la víspera inmediata de la visita del Papa, fui detenido. La policía buscaba panfletos siguiendo la pista de un amigo mío de la dirección de *Niezależna Oficyna Wydawnicza*, por la que yo había pasado un instante por asuntos de administración ordinaria. No encontraron los panfletos, pero nos encontraron a nosotros y triunfalmente, como botín de guerra, nos llevaron a la central. En esta ocasión fui liberado a las veinticuatro horas, en vez de a las cuarenta y ocho rituales. El día de la llegada de Juan Pablo II a Varsovia, yo estaba libre al amanecer. Fue un gesto caballeroso de la policía de Gierk hacia un adversario declarado. El día de la visita del Papa debía ser un día de armisticio. Y tal vez lo fue. Teníamos la impresión de que en la gente había decaído la tensión nerviosa, se advertía una especie de tregua digna en las caras y se percibía una sonrisa de orgullo. Aquellas decenas y centenares de millares de personas no manifestaban ninguna forma de odio y, sobre esto, no había ninguna duda.

### *Las dos visitas del Papa*

Ante nuestros ojos reaparecían, como en otro tiempo, en los polacos, los valores más importantes de su historia: la liber-

tad, la dignidad, la independencia y el patriotismo, enriquecidos en esta ocasión con la ponderación y la tranquilidad, virtud que no habíamos tenido ocasión de practicar con demasiada frecuencia. Y aquella inolvidable homilía pontificia... El artículo que escribí inmediatamente después de la visita para el *Biuletyn Informacyjny* se titulaba *Una lección de dignidad*. Porque aquella fue una lección de dignidad que duró diez días; fueron los ejercicios espirituales de toda la nación, con una especie de prudente y solícita cura de las conciencias, que condicionaron en gran medida los modelos del comportamiento colectivo un año más tarde, en agosto del 80.

No mucho después de la visita del Papa, quizá en mayo, publiqué en *Der Spiegel* un artículo en el que, con cierta falta de tacto, escribí sobre la fatal situación económica y profeticé la próxima caída del grupo dirigente de Gierk. Algunos periodistas occidentales me contaron la indignación con que habían reaccionado ante el artículo del *Spiegel* el señor Wojciechowski, director del *Interpress*, y Orszulik, director de la oficina de prensa del Episcopado. Cada cual por su lado, ambos habían afirmado que el autor del artículo debía ser un trotskista o un estalinista, no recuerdo con exactitud... Ese era el lenguaje de la época. Sólo más tarde fui promovido a agente de Ronald Reagan... Sería curioso saber cuál será la reacción de esos señores a mis reflexiones actuales... Perdóneseme este tono personal, pero escribiendo desde aquí, desde este lado de los barrotes de la cárcel, desde el oscuro abismo de un pabellón especial del Ministerio del Interior, no logro emplear un lenguaje conforme con las reglas del ensayismo político. Soy demasiado poco, me siento demasiado separado de la situación, me veo condenado en muchas ocasiones a las intuiciones y a las conjeturas. Y cuando recorro con la memoria los cuatro años que separan aquella visita del

momento presente, me viene a la mente la antigua maldición hebraica: «¡Ojalá vivas tiempos interesantes!».

¡Qué inyección de fuerza fue! ¡Qué felices éramos! Independientemente de las ideas confesadas, nadie ponía en duda el hecho de que era un bien la llegada del Papa. Todos se alegraban porque iba a estar por lo menos diez días entre nosotros, enriqueciéndonos con unas palabras de verdad prudente y pronunciada en voz alta, y con una plegaria ardiente que salía del corazón. Hoy hay dudas de lo que entonces sentimos. Algunos amigos míos temen que la visita del Papa pueda ser vista por la sociedad como un acto de consenso con el sistema dictatorial impuesto a los polacos en la noche del 12 al 13 de diciembre de 1981, contra el que se lucha con una ponderación y una coherencia que causan admiración en los observadores. No comparto tales temores. La visita del

Papa a Guatemala no ha significado una aprobación de la dictadura de derecha, y la visita a Nicaragua no ha sido un signo de consenso con esa dictadura que habla

un lenguaje de izquierda. No significará tampoco una aprobación para la dictadura en Polonia. Los encuentros protocolarios del Papa con nuestros generales y nuestros secretarios no engañarán a nadie; todos comprenderán que nuestro excepcional compatriota no viene por ellos.

Todavía hoy pueden oírse ásperas voces de crítica respecto al Episcopado, al que se reprocha una actitud demasiado conciliadora con el poder de los generales. Tampoco comparto esta crítica. Pienso que la línea fundamental de los obispos polacos, pasando por alto algunas conductas particulares, y sin tener en cuenta las torpezas de algunas afirmaciones, ha sido siempre la misma: renuncia a la enunciación del programa político y a la participación en el juego político, defensa del fondo de la dignidad humana y del derecho a la dignidad, preocupación por los

oprimidos y los perseguidos. No me queda muy claro cómo se puede pronunciar uno por el principio de separación entre la Iglesia y el Estado y afirmar al mismo tiempo que la Iglesia debe desarrollar un papel de oposición *par excellence* política. Mi parecer es que los obispos evitaron justamente esa trampa, al vislumbrar en ella una amenaza no sólo para la seguridad institucional de la Iglesia, sino también para su misión evangelizadora. Los críticos de la Iglesia tienden a olvidar que nunca, desde 1945, ha exigido con tanta firmeza el Episcopado el respeto por la libertad civil, ni ha organizado nunca, a tan amplia escala, la ayuda a los perseguidos. En realidad, los polacos necesitan una Iglesia de este tipo, que se pronuncie con la ayuda del Evangelio, y no una que, basándose en un clericalismo político, defienda los principios cristianos fundamentales de la vida colectiva en vez de los concretos desarrollos político-institucionales.

La necesitan todos los polacos: católicos y no católicos. Esa es su mayor fuerza, aunque no sea una fuerza política. Y hoy a esta Iglesia le resulta muy útil la visita del

Papa, como también les resulta útil a todos los polacos que afirman su *non possumus* desde los márgenes de la vida pública, desde la clandestinidad, desde los muros de la cárcel.

Esta visita, ¿puede perjudicar a la clandestina *Solidaridad*? Me resulta muy difícil escribir sobre la clandestinidad. En este punto tengo la mayor laguna de información, me siento muy lejos de la dialéctica de las auténticas discusiones. Si se quiere considerar al Ministro del Interior, general Czeslaw Kiszczak, como fuente digna de crédito, es difícil sustraerse, tras la lectura de sus discursos, a la impresión de que tenemos que habérmolas con un movimiento clandestino a escala desconocida hasta ahora en la historia de los estados comunistas. Dejemos de lado las afirmaciones propagandísticas sobre la «quinta columna» y sus «botones apreta-

---

**El golpe de estado fue una  
desesperada autodefensa  
del sistema totalitario  
frente a una sociedad  
organizada.**

---

dos en Washington»; la primera recuerda los oprobios de 1968, la segunda evoca el íncubo de los tiempos de Stalin. Si hemos de creer al general Kiszczak, la clandestinidad ha escogido la fórmula de la «larga marcha», la construcción de estructuras de vida civil independientes del aparato del poder, la explotación de toda forma de resistencia contra la pretensión totalitaria de los generales y de los secretarios. Esta conspiración de los hechos y de la conciencia no puede romperse con la vigilancia policial, con la cárcel, con los procesos ni con las provocaciones, en cuya eficacia parece confiar ahora el general Kiszczak. A un libro, a un periódico, a un discurso que escapa a la censura, sólo se puede contraponer otro libro, otro periódico y otro discurso, y no una orden de arresto, la porra y las mangueras de agua.

Las manifestaciones de mayo han demostrado la potencia de la clandestinidad y el estado de ánimo de la sociedad. Han demostrado que la estrategia de *Solidaridad* clandestina está meditada, que es racional y eficaz. Si por casualidad podéis decirle algo a Bujak, uno de los líderes de *Solidaridad* clandestina, debéis decirle a la marinera: «*Zbyszek!* ¡Seguid así!».

La llamada de Walesa y de los demás activistas, incluso de los sindicatos oficiales y autónomos, no sólo de *Solidaridad*, ha puesto de manifiesto el total hundimiento de las organizaciones sindicales queridas por la autoridad, y ha representado el coronamiento de la posición de millones de obreros, que han boicoteado la adorada criatura del vice *premier* Rakowski. Además, esa llamada ha puesto al desnudo la verdadera cara del PRON, el hijo que nació muerto del estado de guerra que, dejando a un lado alguna to-  
ma de posición fic-  
ticia (por ejemplo, la llamada por la amnistía), desde los primeros instantes de su existencia fue exclusivamente una sociedad para la adoración

incansable del general Jaruzelski. Desde este punto de vista, la persona del presidente del PRON, Jan Dobraczynski, no es casual. Este escritor, que en el curso de su larga vida ha logrado adorar a Roman Dmowski y a José Stalin, a Bierut y a Gomułka, a Boleslaw Piasecki y a Edward Gierek, es, sin duda, el hombre justo para el puesto justo.

Por otra parte, la llamada de Walesa ha puesto al desnudo las intenciones de la autoridad que, por medio de la pluma rapaz de un publicista del órgano de gobierno (¿el mayor Wieslaw Górnicki?), han hecho saber que no les interesa ninguna fórmula de acuerdo.

Preguntémonos ahora: en semejante situación, ¿puede cambiar acaso la visita del Papa los datos de la ecuación polaca? ¿Resuelve la crisis política? ¿Conducirá al acuerdo entre poder y sociedad, como muchos parecen esperar? No lo creo. Hoy no me parecen transformaciones reales en este sentido. Al contrario, esta visita será una espectacular demostración de la voluntad polaca de libertad; será una expresión peculiar de las formas de la resistencia polaca, que rechaza el terrorismo; será un testimonio del hundimiento moral del grupo dirigente (...).

### *Aquella noche de diciembre*

Volvamos por un momento a los sucesos de hace año y medio. Todas las interpretaciones de aquella noche de diciembre, incluida la mía, se concentraron en el conflicto entre el apartado estructural del poder y *Solidaridad*. Desde esta perspectiva, el *coup d'état* de diciembre fue simplemente una desesperada autodefensa del sistema totalitario frente a una sociedad organizada, que reivindicaba su derecho a volverse sujeto. Y eso fue en sustancia. Pero no sólo eso. Fue además una desesperada autodefensa del grupo del gobier-

**Los militares  
esperaban  
una respuesta  
violenta  
de «Solidaridad».**

no amenazado también por el golpe de estado de los «duros» (*beton*) del partido. Según esta interpretación, los «duros» habrían debido preparar el derroca-

---

**El gobierno  
no pretendió liquidar  
«Solidaridad»,  
sino  
transformarla.**

---

miento del grupo de Jaruzelski, como anteriormente habían derrocado a Stanislaw Kania, en el *plenum* complementario del Comité Central del POUP. Los «duros» victoriosos habrían imputado a Jaruzelski, a Rakowski y a Barcikowski (los apellidos son aquí indicativos) los errores del curso «liberal-liquidatorio», sosteniendo el análisis soviético de la situación en Polonia y con el apoyo del Kremlin. Así pues, el estado de guerra habría sido introducido por otras personas, y los dirigentes cualificados del POUP habrían compartido el destino de Nagy o de Dubcek, se habrían vuelto símbolos condenados de la falsa política del grupo dirigente del POUP. Muchos elementos atestiguan que los «duros» gozaban del pleno apoyo de los compañeros soviéticos, que estaban prestos a emplear sus divisiones para «no abandonar a Polonia en el apuro». Las cosas salieron de otro modo. A Jaruzelski le gustaba más el destino de un Kadar (o de un Pinochet rojo) que el de un Nagy o de un Maleter; prefirió seguir las huellas de Husak y no las de Dubcek. Por lo que concierne a Rakowski, de quien muchos de sus amigos esperaban la dimisión en señal de protesta, decidió mostrar, una vez más, la verdad del dicho según el cual sólo se puede arrancar a un dignatario comunista de una poltrona si juntamente se arranca todo el cuerpo.

Y también ocurrió que el grupo que en febrero de 1981 se había declarado partidario del acuerdo y de un curso de «socialismo asociativo», se transformó en el pacificador de las aspiraciones polacas. En los coloquios con *Solidaridad*, el encantador ministro Ciosek fue sustituido por un paciente oficial inquisidor. Y también cambió mucho el objeto de las conversaciones. Las negociaciones sobre el tema de los precios, de los salarios y de las de-

mandas de los huelguistas fueron sustituidas por la demanda concreta y sutil de algún funcionario de los órganos de seguridad sobre «contactos, hombres, direcciones y seudónimos».

Sería interesante, aunque estéril, hacerse la siguiente pregunta: ¿Cuál habría sido el curso de los hechos si Jaruzelski no hubiese declarado el estado de guerra del 12 de diciembre? ¿Habrían sobrevenido los «duros» en el golpe de estado interno en el partido? ¿Se habría llegado a la intervención soviética? ¿Se habría llegado a la ruptura de *Solidaridad* con el conflicto sobre el compromiso con el gobierno? Podemos seguir con las preguntas. Pero todavía vale la pena recordar la amarga e ingeniosa frase que corría entonces por una Varsovia todavía anonadada por la presencia de las tropas en la ciudad: «Una banda de gangsters ha asaltado un manicomio». Y tal vez se revele como un amargo chiste de la historia si, dentro de algunos años, después de la apertura de los archivos secretos soviéticos, se llega a saber que, paradójicamente, algunos hombres que hoy escriben con tinta negra su nombre en el mapa de los destinos polacos, han protegido a nuestro país, con su golpe de estado, de una intervención soviética.

Desde los primeros días del estado de guerra pudimos identificar esos elementos característicos de la política de la autoridad: la pacificación de la resistencia social y la eliminación de los papeles dirigentes de los competidores del ala de los «duros». Rakowski, elevado al rango de ideólogo del grupo del gobierno, ha repetido con frecuencia que «el compañero Kadar se encontraba al frente de una situación más difícil y, sin embargo, consiguió tener éxito». Ese era el modelo. En el discurso de inauguración del estado de guerra, Jaruzelski aseguró la continuación de la «renovación», garantizó que las restricciones tenían un carácter transitorio, prometió a los trabajadores la reacti-

vacación de *Solidaridad*. Esta era la zanahoria. El palo era representado por los millares de internados, por las tropas en la vida de la ciudad, por una campaña propagandística hecha de sórdidas calumnias, por la represión violenta de la resistencia del personal obrero en huelga. Esta última alcanzó sus miras relativamente en breve tiempo y, teniendo todo en cuenta, a bajo precio.

### *La línea de Solidaridad*

Resulta vano buscar las causas de este fenómeno en la total falta de preparación de *Solidaridad* respecto a tales métodos de lucha, frente a la idiota mentira de la propaganda según la cual *Solidaridad* preparaba un baño de sangre para los comunistas. Una segunda razón, tal vez más importante, fue la convicción de que continuar una resistencia «violenta» era inútil

en aquel momento. Para los generales se trató de una sorpresa: esperaban en los primeros días una resistencia mucho más encarnizada. Se habían preparado para un

«encuentro frontal» con *Solidaridad*. Contaban con que la represión «violenta» de la resistencia se convertiría en un factor decisivo, como había sucedido en Hungría en 1956. Pero esta vez se encontraron con la sorpresa más completa. La gente empezó a salir del estado de *shock* bastante deprisa. Empezó espontáneamente a dar vida a estructuras ilegales. Aparecieron revistas y panfletos con la firma de *Solidaridad*. Se constituyó la dirección clandestina de *Solidaridad*. Cuando durante la primera sesión del *Sejm*, tras la declaración del estado de guerra, Karol Malcuzyński advirtió que la conspiración era un hecho y profetizó la posibilidad de un estado de enfrentamiento permanente entre autoridad y sociedad, sus afirmaciones fueron minusvaloradas. Desde el 1 y el 3 de mayo de 1982, nadie que tuviera un poco de sentido común podía negar que la clandestinidad era ahora un hecho consumado.

El presupuesto de la escena política del grupo del gobierno no era la liquidación de *Solidaridad*. Querían suprimir a los «extremistas contrarrevolucionarios», o bien, hablando con el lenguaje de las personas normales, eliminar de *Solidaridad* a todos aquellos que resultaban incómodos para la autoridad e imponer al sindicato el papel dirigente del POUP, liquidar sus estructuras y fundar otras con agentes propios. El propósito era llevar a cabo esa operación dentro de la propia *Solidaridad*. El papel de escoba debía ser confiado a los oportunistas vendidos, mientras que la persona de Lech Walesa, con quien la autoridad no cesaba de coquetear, debía ser garante de la legitimidad de tales cambios. Walesa habría debido simbolizar la continuidad con agosto, habría debido ser la legitimación de las intenciones del poder dentro y fuera de nuestros confines, la prueba viviente de que los infil-

trados eran los hijos mejores de *Solidaridad*.

**El gobierno intentó,  
por todos los medios,  
la ruptura de la unidad entre  
la «intelligentsia»  
y los trabajadores.**

La clandestina *Solidaridad* esperaba contraponer a esta escena alguna visión

propia, útil para resolver la cuadratura polaca del círculo. Esta visión nació tras contrastes y discusiones, y el argumento definitivo fue la realidad misma. Las masas sindicales estaban divididas, y quizá no podía ser de otro modo. Algunos hacían hincapié en la necesidad de un acuerdo a cualquier precio, aduciendo en apoyo de sus tesis la amenaza soviética, el estado catastrófico de la economía, la posición del primado de Polonia. Otros insistían en la urgencia de llegar cuanto antes a decisiones generales, de modo que pudiera impulsarse el acuerdo recurriendo a una potente acción de huelga. Estas orientaciones, a veces contradictorias, encontraron expresión en las sucesivas resoluciones del grupo dirigente de la clandestinidad: las negociaciones prometidas iban acompañadas de proclamas a la huelga general.

A cierta distancia en el tiempo podemos

ver con claridad que los dirigentes de la clandestinidad escogieron la vía más prudente: rechazando las ofertas de capitulación propuestas por Rakowski, y el riesgo de un enfrentamiento total, construyeron agudamente la conciencia del movimiento de resistencia. Su visión rechazó el modelo de una organización clandestina centralizada y de cuadros, debido a las múltiples necesidades de la sociedad civil; su visión ha unido armónicamente las demostraciones en la calle con un importante, aunque no evidente, trabajo de organización en fábricas y universidades. Me resulta difícil escribir sobre este patrimonio acumulado en dieciocho meses sin maravillarme y sin sentir gran respeto. Se apoyaban en las rígidas posiciones de los dirigentes encarcelados de *Solidaridad*, sobre todo de Lech Walesa. Puede decirse que nunca tanto dependió de un solo hombre. Pase lo que pase en el futuro debo afirmar, para poner en paz mi conciencia, que en el momento más difícil, en los primeros meses del estado de guerra, Lech Walesa se mostró digno del papel al que le han llevado los acontecimientos. Creo que pronunciada por mis labios, por los labios de una persona que ha sido la que más veces ha criticado públicamente a Walesa y que no ha compartido la euforia general sobre su figura, esta declaración tiene un particular valor de credibilidad.

### *La prudencia del movimiento clandestino*

Las manifestaciones de mayo y de agosto de 1982 desbarataron los cálculos de la autoridad sobre la transformación y sobre la destrucción de *Solidaridad*. Las decisiones del *Sejm* en octubre, y la liquidación de *Solidaridad*, fueron la admisión de una derrota espectacular. La posibilidad de una intervención política por parte del aparato del poder se redujeron ulteriormente a cero. Pero el momento de la liquidación oficial fue peligroso todavía

para *Solidaridad*. A la autoridad le resultaba cómodo un enfrentamiento violento. Sin embargo, la clandestinidad demostró una prudencia política poco común. Los huelguistas de los astilleros «Lenin», de Danzig, y las grandes manifestaciones de Nowa Huta, dominadas por los trabajadores de la fundición «Lenin», jugaron un papel simbólico: los trabajadores polacos manifestaban su disenso respecto a la decisión gubernativa apuntalada por la autoridad de los cordones policiales. Lenin, jefe de la revolución bolchevique, con cuyo nombre se bautizó la mayor fábrica de Polonia, volvía irónicamente la cara a los comunistas con una mueca. Recuerdo que haber evitado el enfrentamiento a finales de 1982 fue un gran éxito táctico de la clandestinidad.

Muchos observadores piensan que haber llamado a la huelga general el 10 de noviembre fue un error. No comparto esa opinión porque, aunque haya sido un error, es uno de esos errores que probablemente no pueden evitarse. Las masas sindicales, su fracción radical, no habrían perdonado a los propios dirigentes el no haber recurrido a este arma en el momento de la disolución de *Solidaridad*. Y estos radicales sólo podían quedar convencidos empíricamente, porque la huelga general es un instrumento que hay que utilizar con mucho cuidado.

En la situación actual, los trabajadores no pueden aprobar, eso creo al menos, el *slogan* «huelga general hasta la victoria»; la victoria de una huelga hoy no es realista, mientras que su efecto podría provocar, entre otras cosas, la intervención soviética (...).

Otra consecuencia importante de la derrota de la huelga de noviembre habría

**La resistencia de la juventud es el argumento más irrefutable para demostrar que la política del gobierno no tiene ningún futuro.**

podido ser la destrucción del movimiento de resistencia y la desaparición de las estructuras clandestinas. La espectacular liberación de Lech Walesa, que coincide

con la muerte de Brezhnev, aumenta la desorientación. Llegó un momento en que el poder tuvo que vérselas con serios *atouts*. Hasta la cárcel me llegaron rumores de la

**No fue la existencia  
de «Solidaridad»  
la que trastornó  
la paz europea  
modelo Helsinki.**

oferta que Walesa habría hecho entonces a la autoridad estatal. Habría debido comportar la renuncia a la reconstrucción de *Solidaridad*, a cambio del consentimiento de la autoridad a la constitución de un sindicato sobre bases confesionales. Si todo esto es verdad, el poder ha cometido en algún momento un error capital. La opinión pública estaba desorientada. La clandestinidad (la TKK) declaró que se sentía desvinculada de la propuesta de Walesa. El haber hecho un pacto con Walesa sería creíble para la opinión pública y mortífera para la clandestina *Solidaridad*. El compromiso y la amnistía habrían podido asesinar a la clandestina *Solidaridad*.

Pero la autoridad se embriagó con el éxito ficticio de noviembre. El ministro Urban habló de una victoria completa y anunció la derrota total de *Solidaridad*. No había, por tanto, necesidad de hablar de acuerdo. (No obstante, Lenin escribió sobre la «cabeza que gira según los acontecimientos»... Hágame el favor de leer a los clásicos, señor ministro; no se contente únicamente con el balbuceo de los adversarios que tienen la boca amordazada...). El problema *Solidaridad* se consideró resuelto de una vez por todas. Los meses siguientes demostraron que tal diagnóstico era erróneo. Llegado el invierno, y después de haber formulado una estrategia de acción de largo alcance, calculada para un año, *Solidaridad* clandestina se convirtió en un elemento duradero de la realidad polaca. Negar este dato de los hechos demuestra sólo una estupidez irremediable.

*Las desilusiones de Rakowski*

Un segundo elemento del escenario de guerra era la ruptura de la unidad entre la

*intelligentsia* y los trabajadores. A los trabajadores que iban a la huelga les estaban reservadas severas condenas mientras durante ese período se coqueteaba con los

intelectuales. Rakowski seguía manteniendo un rumbo relativamente liberal de la política cultural: se publicaron libros de escritores encarcelados y en la emigración, la censura para las obras literarias era, a fin de cuentas, suave, se dio a la imprenta la novela de Andrzejewski Miazga, que había estado bloqueada durante doce años (antes sólo la habían publicado las ediciones de la emigración que no pasan censura). El 3 de mayo de 1982, Rakowski planteó al *Sejm* sus ideas, en el que su rechazo de la posibilidad de negociar con *Solidaridad* iba acompañado de una mano dura, con una oferta liberal de conciliación hacia la *intelligentsia* creativa. Esa mano cayó en el vacío. Después de un año de amenazas y de cortejo se han rebelado no sólo la Asociación Independiente de Estudiantes (NZS) y la Asociación de Periodistas (SDP), sino también la Asociación de Artistas Escénicos, vengándose de los autores mediante un boicot a la televisión, al que no se ha podido poner remedio.

La autoridad no ha logrado, al menos por ahora, poner fin a la resistencia de los literatos y de los hombres de cine; ninguno se ha dejado conquistar. Para Rakowski, según parece, la posición de los intelectuales y de los artistas representa un problema. Los periodistas también han manifestado, con mordacidad y frecuencia, al gobierno que las mismas personas del pasado eran más disponibles a concesiones en el enfrentamiento con la autoridad. El desastre de Rakowski en este campo es mucho más gravoso para él dado que la resistencia y el boicot de los intelectuales son la prueba tangible de la resistencia de toda la sociedad, y la prueba más evidente. La destrucción de esta resistencia, mediante la represión o mediante la corrupción, sería entendida por todos como la señal de una ruptura de la

resistencia contra la dictadura. También nuestros gobernantes lo entendieron: de ahí nació un nerviosismo cada vez mayor y unas acciones represivas cada vez más frecuentes.

El error de comprensión de Rakowski consiste, al menos para mí, en una aplicación esquemática a la época actual de los esquemas del primero de agosto, y no en una generalización mecánica de la teoría del papel de la *intelligentsia* con ocasión de otras crisis del sistema comunista. En efecto, hasta ese momento los intelectuales han sido la fuerza motriz de los movimientos democráticos; han sido los líderes de la opinión pública y sobre ellos se han articulado las demandas programáticas de la sociedad. Las sedes del movimiento democrático se han identificado con los clubs de discusión de la *intelligentsia*, con las redacciones de las revistas, con las asociaciones de escritores y con la universidad. En la Polonia de Gierek la oposición

estaba estrechamente unida a la actividad de una docena o poco más de escritores, de artistas, de «disidentes» del ambiente intelectual. Y esta idea de oposición ha

---

**Polonia es el «test»  
de la sinceridad de las  
declaraciones soviéticas  
en materia  
de paz y desarme.**

---

dominado la fantasía de Rakowski. En la crisis de entonces los ambientes obreros no articulaban sus propias demandas autónomas en una estructura organizativa y en un programa coherente; su revuelta estaba desorganizada y era espontánea. Desde agosto de 1980 se han puesto a la cabeza de la opinión pública personas procedentes de los ámbitos laborales, líderes de huelguistas o activistas, que fundaban su propia autoridad en el apoyo del personal obrero. El principal terreno de elaboración del pensamiento programático independiente no estuvo representado ya por la Unión de Literatos Polacos, por la Asociación de Periodistas o por la universidad, sino por las grandes fábricas y por la Comisión Nacional de *Solidaridad*. La imprenta, muy importante en la época del octubre polaco o de la primavera polaca, se ha arrastrado detrás de los aconteci-

mientos. Rakowski no estaba en condiciones de captar este dato. Detrás de los dirigentes obreros siempre ha visto los intelectuales-manipuladores, y sigue viéndolos todavía. Este error ha tenido que pagarlo con la bancarrota política.

En resumen: hoy no hay manera de llegar a un acuerdo con la sociedad polaca utilizando como instrumento la corrupción de los literatos y de los autores que gozan del prestigio social. Por querer trasladar el problema moral de la traición al enfrentamiento de los obreros, también es cierto que, al aceptar fugaces acuerdos con Rakowski, estos literatos perdieron su autoridad, su voz dejó de ser la voz de la opinión pública, ya no representaron a nadie. Se puede ilustrar con el nombre las academias oficiales, pero no se puede afirmar que sea ese el camino para resolver las crisis políticas. Los intelectuales se muestran inflexibles no porque, según afirma Rakowski, ataquen los fundamen-

tos del gobierno; son inflexibles porque imponen su inteligencia y el honor, porque saben que a la larga sólo esta posición es socialmente remuneradora. El despre-

cio con que han sido acogidas las ruidosas declaraciones de lealtad de Artur Sandauer y de Adam Schaff es una advertencia para todos los que quieran seguir las huellas de esos siervos hipócritas.

### *Los jóvenes en la oposición*

En este contexto vale la pena recordar otra política mistificadora del gobierno, la que se produjo con ocasión de la celebración del aniversario de la revuelta en el ghetto de Varsovia. Los festejos habrían debido proporcionar la prueba de que el actual gobierno no tiene nada en común con el rumbo «antisionista» de 1968, ni tampoco con la gesta de los imbéciles antisemitas del partido antes del 13 de diciembre de 1981. Tal vez algunos observadores se hayan dejado engañar. Querría

llamar ahora su atención sobre el hecho de que la captura de Marek Edelman por parte de la policía, el arresto domiciliario del último exponente de la Organización hebrea de lucha, ha tenido el valor de un símbolo. Y un valor semejante lo ha tenido el encarcelamiento de Janus Onyszkiewicz, activista de *Solidaridad*, después del discurso al pie del monumento dedicado a los judíos rebeldes.

Con insólito arrojo el gobierno demostró su separación del antisemitismo. Me parece buena ocasión para preguntarme: ¿no hay método acaso en esta locura? Toda esta operación, ¿no habrá sido pensada para poder derramar, dentro de algunos años, todos los oprobios del estado de guerra sobre aquellos apologetas y funcionarios suyos que, desde el punto de vista de las leyes de Nuremberg, no puedan exhibir progenitores arios? Con los ojos de la mente veo que, dentro de algunos años, aparecerá en *Trybuna Ludu* un artículo de Ignacy Krasicki o de Norbert Michta sobre la «desviación cosmopolita de algunos compañeros» y citas semejantes. Ahora ocurre que Adam Schaff acusa a los emigrados polacos de traición nacional, que Artur Sandauer examina el efecto del menazgo financiero de los estados capitalistas sobre la posición de los escritores polacos, que Jerzy Lobman escribe un vergonzoso artículo sobre Walesa, que Jerzy Urban ofende los sentimientos de los católicos polacos escribiendo porquerías sobre el padre Kolbe. Todo irá acompañado de sutiles reflexiones sobre los individuos «extraños al espíritu polaco», «desarraigados de la tradición nacional», etcétera. No se trata, en mi opinión, de una visión absurda. Basta releer todo lo que esos mismos periódicos han escrito sobre la época del estalinismo.

Todavía estoy convencido de que este equilibrismo no será eficaz para Polonia. Y la juventud que no se traga estas fábulas, esa misma juventud que a mediados

---

**Tras el golpe de estado  
dejó de existir el partido  
como instrumento  
de gestión  
del poder.**

---

de mayo, reunida en un cortejo silencioso de muchos millares de personas con los dedos alzados con el signo de la victoria, arrojó a la cara de los hombres que gobiernan Polonia la más terrible de las acusaciones: los acusó del asesinato de un compañero de escuela. La resistencia de la juventud es el argumento más irrefutable para demostrar que la política del gobierno no tiene ningún futuro. Es la parte de la sociedad que reacciona con mayor viveza a los males de la nación, la más sensible y la más valerosa; y quizá la más intransigente. La creación de una comisión especial para la juventud dentro del Comité Central y del Consejo de Ministros arroja luz sobre las dimensiones del cretinismo burocrático e ilustra la irresolución del aparato del poder.

#### *La crisis de la distensión internacional*

En este punto se plantea el interrogante de si en tal situación puede imaginarse una política alternativa más eficaz. Podemos dudarlo. El aislamiento político del aparato de poder se une a la catástrofe económica, cuyo fin no se ve. No existe perspectiva alguna de devolver los préstamos a los estados occidentales, y crece el endeudamiento con la Unión Soviética. Sólo puede observarse el aumento de la producción en las declaraciones gubernamentales. La autogestión obrera está muerta o la hacen pasar por tal sólo de palabra; la reforma económica sólo existe en los papeles. Tenemos frente a nosotros la destrucción de la producción agraria, y se han anunciado ulteriores aumentos del precio del pan y de la carne... Hasta de los periódicos del partido puede deducirse, leyendo entre líneas, que esto «va mal e irá todavía peor».

Si hemos de evaluar el balance del año y medio de gobierno desde el «estado de guerra» teniendo en cuenta tres elementos: el logro de la estabilidad política, la

obtención del crecimiento económico y la ruptura del bloqueo internacional, puede hablarse de derrota de la estrategia política escogida el 13 de diciembre. Ningún

**La purga en el aparato del partido colocó a los militares en posiciones dirigentes del mismo.**

gobierno comunista de Polonia ha sido tan despreciado en el mundo, ninguno ha arruinado su propia posición internacional a un ritmo semejante y con tanta eficacia (...). Las invectivas hacia Estados Unidos han alcanzado extremos desconocidos desde la época de la guerra de Corea; por otra parte, ha aumentado notablemente la popularidad del Presidente Reagan ente los polacos (...).

Comprendo el enojo de los gobiernos comunistas hacia la política americana, pero no comprendo la gran estupidez de sus reacciones (...). A fin de cuentas, egregios compañeros, ¿qué esperábais de los imperialistas americanos? ¿Que elogiasen la introducción del estado de guerra? ¿Que os ayudasen a pacificar los ánimos? ¿Que siguiesen proporcionando dólares a Jaruzelski, que los utilizaría sólo para mejorar el armamento de los escuadrones de policía y para construir nuevas cárceles? Dejando las bromas a un lado, compañeros, considerad una vez más, seriamente, a Kadar y su política. ¿Por qué ha logrado librarse de las sanciones americanas y sacar conclusiones de la cambiante estrategia internacional?

El génesis de la nueva política americana tiene sus raíces en el hundimiento de la distensión. A finales del pasado decenio parecía claro que el rumbo político no era eficaz. Los acontecimientos en Irán y la cuestión de Afganistán se han vuelto argumentos convincentes para la opinión americana. El boicot a las Olimpiadas y la elección de Reagan han puesto de manifiesto un sustancial cambio de orientación de la política americana. Había pasado el tiempo de la distensión internacional. La limitación americana de armamentos era alcanzada por la URSS, según la opinión de los expertos americanos, y lograba la

superioridad en materia de armas convencionales. Sin atacar directamente a los americanos, los rusos golpeaban en la periferia. Esta era, al menos, la valoración

de Washington.

Desde el punto de vista polaco, la época de la distensión fue una gran posibilidad, parcialmente explotada, por otro lado, por Edward Gierek. Gierek aprovechó bien la coyuntura y, cosa más importante, comprendió que, con su política, debía interesar a los americanos en el apoyo del desarrollo estable de un país gobernado por los comunistas. Se ha hablado mucho de los créditos derrochados por Gierek, pero todavía es difícil negar que él consiguió obtener los créditos. También logró conquistar cierto prestigio entre los políticos occidentales.

La política de la distensión era criticada a menudo por la oposición democrática, aunque hubiese conciencia de que era uno de los motivos de la tolerancia de la autoridad. La oposición democrática buscaba una política más activa de Occidente en la esfera de los «derechos del hombre», postulaba una distensión del «rostro humano». La oposición democrática rechazaba cada reducción de la distensión en los coloquios oficiales y en los intercambios comerciales. Estas advertencias no han dejado de ser actuales (...).

Pero volvamos a la distensión de los políticos. El boicot a las Olimpiadas coincidió casi con los acontecimientos de agosto. *Lo que ha sucedido en Polonia ha representado una posibilidad de salvación para la distensión internacional.* No fue la existencia de *Solidaridad* la que trastornó la paz europea modelo Helsinki: la alteró la «ayuda fraterna» en Afganistán. El nacimiento de *Solidaridad* permitió reconstruir la distensión en Europa y en el mundo. La simpatía por Polonia y el interés por nuestro país eran tan fuertes que la línea dura del presidente de los Estados

Unidos no podía contar con el apoyo de la opinión pública. Si se acepta la hipótesis de que Reagan buscaba desde el principio el enfrentamiento político con la URSS, considerada como el «imperio del mal», entonces el «estado de guerra» en Polonia le ha facilitado enormemente las cosas (...).

Para el presidente americano los acontecimientos de Polonia son un elemento de la estrategia política soviética y le han servido en este sentido. Polonia es el *test* de la sinceridad de las declaraciones soviéticas en materia de paz y de desarme. Igual que hoy hacen los dirigentes soviéticos, antes del 13 de diciembre de 1981 los comunistas polacos declaraban su disponibilidad para un acuerdo y renunciaban al uso de la fuerza para la solución de los conflictos. Si han hecho uso de la violencia ha sido porque han creído que lograrían romper la resistencia social con la fuerza del ejército y de la policía. Si *Solidaridad* hubiese podido disponer de una fuerza igual a la fuerza de los comunistas, estos últimos habrían tenido que buscar una solución de compromiso en la mesa de negociaciones. Partiendo de estas premisas, los dirigentes americanos quisieron disponer de una fuerza tal que obligasen a los amos del Kremlin a la búsqueda de soluciones de compromiso. El razonamiento que expongo es lógico y claro. Lo pueden sacar a la luz los hechos, no los gritos antiamericanos del tipo: «¡Pero si vosotros golpeáis a los negros!». Comprendo que a Jaruzelski no le vaya para nada el papel del joven con palo en las declaraciones de los políticos americanos, pero es difícil no ver que ha condenado él sólo a este papel y que él mismo confirmó el estereotipo de «general soviético vestido con uniforme polaco», según la conocida fórmula de Weinberger (...).

Jaruzelski  
y los  
«duros»

En el período entre  
agosto y el 13 de di-

**Si la Unión Soviética  
quiere la estabilización  
en Polonia  
debe buscar  
nuevos métodos.**

ciembre se formaron numerosos grupos de activistas del partido insatisfechos con la política del grupo dirigente. Se definieron, en líneas generales, como los «duros». Los más conocidos fueron el denominado Forum del partido de Katowice, y también la Asociación patriótica «Grunwald», el semanario *Rzeczywistosc* (*Realidad*) y los clubs de simpatizantes que se constituyeron al margen. En los planos más altos de la dirección del partido promotor de estos grupos estaban hombres como Stefan Olszowski, Tadeusz Grabski, Andrzej Zabinski, Stanislaw Kociolek. Estos grupos tenían la tarea de enfrentarse a las «estructuras horizontales» que buscaban la democratización y sacaban su inspiración ideal de las páginas más oscuras de la historia del POUP. El Forum de Katowice se servía del lenguaje del grupo estalinista de Natolin de 1956, mientras que «Grundwald» y *Rzeczywistosc* enriquecían este repertorio ideológico con la visión antisemita de una Polonia gobernada por los hebreos, visión que hundía sus raíces en la ideología del POUP de 1968. Nota bene: M. Moczar, líder de esa orientación en 1968, se ha distanciado desde agosto de quienes eran sus sostenedores en un tiempo. Las tomas de posición de los «duros» estaban estrechamente ligadas a las voces críticas de la prensa soviética y de otros partidos fraternos. Después de la famosa carta del CC del PCUS de junio de 1981 al *plenum* del CC del POUP, se puso en práctica una prueba formal del golpe de estado: Grabski busca el alejamiento de Kania del cargo de primer secretario. Con particular saña, los «duros» atacaron la persona de Rakowski acusándole repentinamente de todos los pecados. Rakowski ya no es estimado en el aparato del partido como un «elemento orgánico», y debe su salvación a la estrecha alianza con Jaruzelski. Jaruzelski no se atrevió a atacar abiertamente a los «duros».

Los acontecimientos del 13 de diciembre han confirmado la exactitud de los

diagnósticos de los «duros». El acuerdo con *Solidaridad* se había revelado imposible. Pero la introducción del estado de guerra paralizó también a los «duros» desde el momento en que, tras una breve vacilación, el Kremlin decide otorgar sus bendiciones a Jaruzelski. En el POUP empezaron a hacer los inventarios. Fueron duramente golpeadas las «estructuras horizontales», se desgajaron numerosas instancias del partido en las fábricas y en la universidad. Se operó una purga en el plano local. Casi al mismo tiempo fueron removidos los secretarios de Danzig y de Poznan: Fiszbach y Skrzpczak, que gozaban del apoyo de las organizaciones locales y tenían fama de «liberales». Dejó de existir el partido como instrumento de gestión del poder, como correa de transmisión hacia la sociedad. Hombres con uniformes militares asumieron posiciones dirigentes en el aparato del partido y en el Estado.

La purga en el aparato no afectó sólo a los «liberales». También se vieron re-

movidos Zabinski (Katowice) y Kociolek (Varsovia), tenidos por «duros». Por otro lado, en 1982 Stefan Olszaowski había sido alejado de la secretaría del CC, donde se ocupaba de la propaganda. Todos estos cambios fueron realizados con el favor de la autoridad de los militares. El ejército garantizaba el orden: su autoridad en los ambientes dirigentes era inatacable. Todavía siguieron apareciendo periódicos ilegales de los «duros» que atacaban a Rakowski. Y de nuevo fue defendido por la autoridad de los generales. La política de Rakowski era sencilla: con el apoyo del poder del ejército, sobre la base de un absolutismo ilimitado, introducir un poder moderado. Atacándolo, los «duros» asumían carácter de *ultras* (...).

Para los «duros» el estado de guerra fue una especie de inofensiva alarma para *boy-scouts*; los millares de arrestados eran la prueba del fin del liberalismo de la

autoridad; las declaraciones sobre la continuación de la reforma representaba, en cambios fueron realizados por el favor de coloquios con el Episcopado demostraban un oportunismo de derechas y la capitulación frente al clericalismo. Soñaban con un régimen estilo Dzierzynski, con una política cultural estilo Zdanov y con un retorno a la claridad ideológica de José Stalin, con su tesis sobre la intensificación de la lucha de clases en el proceso del desarrollo de la construcción socialista. Desde esta óptica, la idea de una economía de mercado y el comercio con Occidente, la tolerancia con la sociedad de la emigración y con los fenómenos religiosos, todo esto era un acto de traición de clase y un abandono de los principios del marxismo-leninismo.

También sería un error pensar que los

**No será posible  
un acuerdo en Polonia  
hasta que no se reconozca  
la voluntad polaca  
de ser sujeto.**

«duros» de hoy son los caballeros errantes del lenguaje estalinista. El lenguaje y su armadura ideológica, su mentalidad, recuerda más bien la frustración de los

que erraron al soñar con un poder fuerte, llenos de complejos y de xenofobia, puritanos, crueles, desinteresadamente envidiosos. En hombres como Rakowski ven a los liberales inteligentes, moluscos con cabeza de huevo, hábiles trepadores, zorros astutos; ven en ellos el odiado objeto de sus deseos. Su ideal puede ser el brutal y hábil Olszowski en su primitivismo, o el incoloro y como Stanislaw Wociolek, doctrinariamente encarnizado.

En el *plenum* del CC del POUP de octubre de 1982, Kociolek atacó la política del grupo dirigente por el lado más peligroso: denunció el hecho de que se estaba ignorando la colaboración económica con la URSS. «No se puede construir ningún plano —dice Kociolek, no hace mucho embajador en Moscú— si no elaboramos, si no acordamos con nuestro principal *partner* las bases materiales de la estabilización económica» (...). La advertencia proseguía: «La comprensión que hasta

ahora han tenido las principales autoridades soviéticas con los discursos del general Jaruzelski, con propuestas concretas en las cuestiones económicas, no oculta la

circunstancia de que tal situación no podrá ser duradera» (...).

Estas citas sacadas del discurso del responsable de la masacre de los trabajadores de Gnydia, en diciembre de 1970, pretenden ilustrar la tesis según la cual la principal armazón de la plataforma de oposición de los «duros» en el enfrentamiento de la política de grupo de Jaruzelski ya se había formulado hace mucho tiempo. Se puede arriesgar con audacia la hipótesis de que Kociolek había puesto de acuerdo su discurso con Moscú, y que tal vez Moscú estuviera hablando por boca de Kociolek. Nadie, Jaruzelski incluido, se atrevió a polemizar con él. Se probó a ignorar la plataforma de los «duros». De cualquier modo, para los «duros» ese discurso fue una señal importante. Poco después, Tadeusz Grabski, enviado por sus actividades entre los «duros» a un destino comercial en Alemania Oriental, publicó su famosa carta en la que se criticaba la política del grupo dirigente, acusado de ineficacia y de falta de coherencia. Los grupos de los «auténticos comunistas» recobraron vigor. En diciembre de 1982, la oficina política apeló a la unidad interna del partido e invitó a las estructuras extraestatutarias a desvincularse de él. Los «duros» permanecieron sordos a esa llamada: el único que se vinculó fue el «Kuznica» de Cracovia, un club del partido plenamente fiel al grupo dirigente del POUP. Los clubs de *Rzeczywistosc* no siguieron su ejemplo. Al contrario, se hicieron más frecuentes los ataques a la sociedad de la emigración, a la excesiva tolerancia hacia la *intelligentsia*, a los «especuladores» y los «parásitos». Ciertamente despertaron las publicaciones de Jozef Kossecki que, con el auxilio de una metodología propia en el campo de la cibernética social, proporcionó a los «duros»

**A un libro, a un periódico,  
a un discurso que escapa a la censura  
sólo se puede contraponer  
otro libro, otro periódico  
y otro discurso...**

ros» la imagen de una Polonia manipulada por una mafia masónico-judaica que se había apoderado del gobierno, de la oposición, etc.

### *Dos escenarios para el futuro*

Polonia no deja de ser para los amos del Kremlin un punto álgido y un hueso duro de roer. Su mira estratégica y el mantenimiento de Polonia en el ámbito del «campo socialista» es el logro de la estabilización y de la tranquilidad. Y esto es más necesario dado que los dirigentes soviéticos no tienen indicio ninguno de un mejoramiento en la coyuntura en Afganistán y en Irán, en Oriente Medio y en las relaciones con Estados Unidos; su inquietud ha crecido debido a la crisis económica en otros estados del bloque y debido al fantasma de nuevos sacudimientos sociales. Pero la política de Jaruzelski y de Rakowski, de los grupos operativos locales, no ha llevado a la esperada estabilización. Si la Unión Soviética quiere la estabilización en Polonia debe buscar nuevos métodos: no se puede chupar el caramelo y seguir teniéndolo al mismo tiempo. Estos nuevos métodos podrían ser el sostenimiento de los «duros», y parece que ésta es la opinión de una considerable parte del grupo dirigente soviético. Tal vez pueda esperarse que en los años venideros haya en Polonia gobiernos frente a los cuales Jaruzelski sea recordado como un podrido socialdemócrata, lo mismo que hoy, en comparación con Jaruzelski, Gierrek aparece como una especie de liberal inglés. Para Polonia serán tiempos muy duros, pero la Unión Soviética no conseguirá sus fines políticos. Todo lo contrario: bajo el gobierno de los «duros» Polonia será no sólo un «barril de pólvora» (como lo es hoy), sino que se transformará en un «barril de pólvora» con la mecha encendida. Dentro de cierto tiempo, no mucho, la Polonia gobernada por los «duros» podrá volverse de nuevo el país de los comités del partido. No obstante, la

primera variante me parece más verosímil. Una Polonia en estas condiciones puede representar el detonador de la explosión de todo el bloque, y tal vez en esta eventualidad confían algunos de los sostenedores de la línea dura en los Estados Unidos.

Siguiendo con la línea teórica, no podemos excluir otra variante. No se puede excluir que al timón de la nave soviética aparezcan hombres de una fantasía política similar a la que representó Krushev cuando, después de la muerte de Stalin, logró construir un programa estratégico del «deshielo» en las relaciones internas e internacionales. En los orígenes de una estrategia similar podría estar hoy la preocupación del mantenimiento de la paz y la conservación del estado de gran potencia. Pienso que en Moscú nadie cree que la Unión Soviética podría salir hoy victoriosa de un conflicto global.

En una coyuntura similar, para Polonia se abriría la posibilidad de una democratización, de una política de reformas y de un acuerdo nacional. Ciertamente que se trata de una perspectiva lejana, pero estando aquí, estando en la cárcel, es difícil no buscar en el mundo que cambia algunas migajas de esperanza.

Estas reflexiones van acompañadas obstinadamente de la convicción de que, si no es posible cambiar el mundo, sigue siendo importante tratar de explicárselo.

La gran enseñanza del mundo contemporáneo es la búsqueda de los caminos que llevan a la paz y al entendimiento. También ésa es la enseñanza de la Polonia de hoy. Tal vez uno de los caminos hacia la paz y el entendimiento en el mundo pase por Varsovia. ¿Es posible, actualmen-

te, un acuerdo en Polonia? No. No será posible hasta que los gobernantes comunistas no reconozcan la voluntad polaca de ser sujeto. ¿Será posible un acuerdo se-

mejante en el futuro? No lo sé. Sólo me doy cuenta de que es necesario. Para Polonia y para el mundo (...).

Porque si hay un diálogo, debemos ser una de las partes implicadas. *Solidaridad*, condenada a la clandestinidad, calumniada y perseguida, paga hoy el precio más alto para tener la posibilidad de ese diálogo en un futuro, para no perder la esperanza en la paz y en el entendimiento. Ojalá que de este aspecto de la actividad de *Solidaridad* se den perfecta cuenta los militantes de los movimientos por la paz en los países de Occidente.

No se puede excluir, sin embargo, que una solución espectacular y pacífica del conflicto en Polonia pueda transformarse en el punto de partida del relajamiento de las tensiones internacionales; puede volverse fuente de fuerza y de esperanza para todos los que continúan prefiriendo el diálogo, pese a resultar fatigoso y difícil, en torno a una mesa de negociación, y no el diálogo conducido con la ayuda de las porras y de los gases lacrimógenos, de los ejércitos y de las bolas de cañón, de los misiles de corta, media y larga distancia.

### *Detrás de los barrotes*

Debo apresurarme a concluir estas reflexiones. Esta noche, dentro de algunas horas, tendré la última ocasión de hacer llegar el texto al otro lado del muro, una parte algo más libre. Debo darme prisa (...).

No debe creerse que hayan terminado los conflictos dentro del círculo del poder. Los conflictos serán generados ulteriormente por la resistencia social y por las presiones soviéticas. El aparato del poder,

que representa una pequeña isla en medio del mar polaco se ve, cada vez más, privado de una ancha base social y está herido por profundas contradicciones. Esto ocu-

---

**En el discurso de inauguración del estado de guerra, Jaruzelski prometió a los trabajadores la reactivación de «Solidaridad».**

---

re en el momento en que Andropov escribe una carta a una niña americana de diez años que se preocupaba por la salvaguardia de la paz, y cuando los deportistas y los bomberos soviéticos lanzan al mundo llamadas en contra de la guerra. Esto indica la delicadeza de la situación. Cuando la Unión Soviética se ha sentido fuerte, siempre ha atacado al imperialismo mundial preveyendo una rápida caída; cuando se ha sentido débil, se ha empeñado en la lucha por la paz. Estos llamamientos por la paz, unidos a los artículos de los periodistas soviéticos sobre la contrarrevolución en Polonia, no presagian nada bueno para los polacos.

Tampoco presagian nada bueno para nosotros, prisioneros de Jaruzelski. Por lo cual diré, a modo de conclusión, algunas palabras *pro domo mea*. Estoy encarcelado hace dieciocho meses. Al principio estuve en Bialoleka entre los internados; luego, junto a otros exponentes del KOR, fui conducido a la cárcel de Mokotow bajo la acusación de haber preparado el derrocamiento violento del régimen polaco y de haber debilitado su capacidad defensiva. Desde febrero estoy inmerso en los materiales del proceso recogidos en catorce tomos. Los funcionarios del Ministerio del Interior y los jueces instructores no se han preocupado por dar ninguna verosimilitud a las acusaciones. Su absurdo emerge de cada página. Pronto vendrán a recoger las actas de la instrucción, no quieren que yo pueda estudiarlas atentamente. El tiempo apremia, el próximo proceso debe celebrarse dentro de los términos establecidos.

Me he convertido en testimonio de un precedente insólito. El procurador me ha anunciado que hará públicas las actas de remisión a juicio, sin preocuparse del hecho de si yo he tenido en mi poder, o incluso he tenido conocimiento, de los materiales de la instrucción. Estos señores no están en condiciones de respetar siquiera sus propias leyes, que han impuesto por la

fuerza a la sociedad a capricho suyo. Este proceso será una torpe imitación de los procesos estalinistas con su absurdo castillo de acusaciones y la sentencia decidida con anterioridad. No me hago ilusiones. La pena será alta; por bien que resulte, se tratará de varios años. No creo que pueda estar interesado en ninguna amnistía. Probablemente deberé pasar una buena temporada dentro de los barrotes.

Pero no escribiré ninguna petición de gracia. No he formado parte del KOR y de *Solidaridad* para rogar ahora a Jaruzelski que me conceda gracia, sino para conseguir que mi nación no vuelva a tener necesidad de rogar a nadie para obtener gracia.

Adam MICHNIK

P. S.—Entre los muchos actos políticos de los estados occidentales, he quedado particularmente impresionado por una declaración del gobierno francés en el que se ponen condiciones para la normalización de las relaciones con el gobierno de la República popular («liberación de todos los que se encuentran en la cárcel, abolición de los procedimientos represivos y rápido retorno al pluralismo sindical»). Poco antes, la prensa polaca había informado de la retirada de Chile del embajador francés en señal de protesta contra la falta de respeto a los derechos humanos en ese país. Por lo que concierne a Chile, no se ha tratado de una ingerencia en cuestiones internas; en el caso de Polonia ha sido un acto «claramente hostil».

Quisiera dar calurosamente las gracias a nuestros amigos franceses por este gesto de solidaridad con los perseguidos. Esta condena de las acciones represivas de los generales chilenos y polacos permite esperar que Francia, tras el triste período de los *flirts* con los dictadores, sellado por el comercio de aviones y de tropas, comience a exportar de nuevo al mundo lo que tiene de más precioso: los Derechos del Hombre y el Espíritu de la Libertad.

Traducción: Mauro Armiño